

do por ella las cárceles y los tormentos. Más de quinientos testigos, escribía San Pablo algun tiempo despues, (1) vieron á Jesucristo resucitado; é innumerables fueron los que con esta primera predicacion de los Apóstoles se hicieron cristianos.

Así quedó perfectamente demostrada la verdad de la resurreccion del Señor; y de consiguiente asegurada nuestra fé. Porque si Jesucristo resucitó, luego es verdadero Dios, y todos sus anteriores milagros fueron verdaderos y efectivos: y quanto hizo en el mundo, quanto dijo y enseñó, quanto aseguró y prometió á los hombres, es la verdad. Faltarán primero los cielos y la tierra, que la palabra de Jesucristo; y la Religion que se funda en esta divina palabra, y que tenemos la dicha de profesar, es la unica verdadera.—Hé aquí cómo se verifica que Jesucristo resucitó para nuestra justificacion, como dice S. Pablo; porque aunque es verdad que con su muerte nos mereció el perdon de los pecados y el don de la justicia, por la fé de su resurreccion se nos dá esta justicia: y así por esta fé recojemos el fruto de los otros misterios; pues esta es la que propiamente hace al cristiano verdadero discipulo de Cristo.

Mas en esta resurreccion se nos presenta además el motivo más grande y consolador de nuestra esperanza. Cierito es que aun desde ántes de la venida del Salvador habia ya en el mundo, y principalmente en el pueblo judío, la creencia en la resurreccion universal; pero Jesucristo fué quien dijo: (2) "Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá."

(1) I. Corinth. XV.6.

(2) Joann. XI. 25.

Dijo tambien (1) "que la voluntad de su Eterno Padre era que ninguno de aquellos que le habia dado se perdiere; sino que él los habia de resucitar en el último dia." Así en su resurreccion gloriosa nos dió una prueba, una seguridad de nuestra propia resurreccion; y que con el poder que tuvo para resucitar por sí mismo, nos resucitaria á nosotros; pues tiene dominio sobre la naturaleza toda. El es la cabeza y nosotros somos los miembros de este cuerpo místico, de esta Iglesia que vino á fundar sobre la tierra: y los miembros han de estar siempre unidos y seguir en todo la suerte de su cabeza. El es el primogénito entre muchos hermanos; pues bondadosamente nos hizo participantes de su filiacion, nos hizo tambien hijos de Dios. ¿Cómo no hemos de participar de su herencia? ¿Cómo no habrémos de resucitar como él, para entrar en posesion de ella? Ah! y cuánto se reanima, quanto se levanta esta dulce esperanza con la resurreccion de Jesucristo! Por ella los justos de todos los tiempos han menospreciado la vida presente, y aun con gusto la han sacrificado muchos de ellos en medio de los tormentos y suplicios. Por ella han tenido en poco las tribulaciones y angustias, las enfermedades más crueles, las persecuciones y peligros más espantosos; diciendo siempre en su corazon lo que aquel hombre extraordinario, aquel pacientísimo Job, quien habiendo perdido en un solo dia sus hijos, su familia, su casa y todos sus bienes, reducido á una llaga todo su cuerpo, affligido y contrariado por sus amigos y ahogado su corazon en un mar de amargura, exclamaba sin embargo:

(3) Joann. VI. 39.

(1) "Yo sé que vive mi Redentor, y que he de resucitar en el último dia; y entonces de nuevo he de ser revestido de esta mi piel, y he de ver á mi Dios en mi propia carne: le veré yo mismo, y le contemplaré con mis propios ojos. Esta es la esperanza que me consuela y que vivirá siempre en mi pecho."

¿Y qué podré decir del amor inefable de Jesucristo para con los hombres en su gloriosa resurreccion? El Señor habia dicho: (2) "Nadie puede tener mayor amor que el que dá la vida por sus amigos." Pero aun despues que El mismo nos dió esta prueba muriendo por nosotros, aparece más excelente é incomparable su amor en su nueva y gloriosa vida, haciendo por su parte indisolubles los vínculos que ya lo unian con los hombres, y confirmando quanto habia hecho y padecido por ellos. Jesucristo resucitó por nosotros para nuestro beneficio, nuestra salud y justificacion. Resucitó en su persona nuestra esperanza y en nuestros corazones su amor, que habia extinguido el pecado. Cuando leemos en el Evangelio por una parte las humillaciones y afrentas, los horribles escarnios y tormentos dolorosísimos á que se sujetó este Hombre-Dios; y por otra la mansedumbre y silencio, la resignacion y fortaleza sobrehumanas con que lo permitió y sufrió todo, conocemos sin duda la ardiente caridad que le obligó á sacrificarse por nosotros; pero quizá más que de este sentimiento nos penetramos de horror é indignacion contra aquella infernal malicia, aquella inaudita crueldad de los enemigos de este cordero inmaculado. Mas cuando leemos que ya inmortal y glorioso se digna apa-

(1) Job. XIX. 25. 27.

(2) Joann. XV. 13.

recer repetidas veces á sus Apóstoles y discípulos, y sin echarles en cara ni la infidelidad de Pedro, ni el abandono que habia sufrido de todos, sino reprendiéndoles suavemente su incredulidad, les presenta su cuerpo para que lo palpen y se convenzan de que verdaderamente ha resucitado, come con ellos, los consuela y alienta, les dá sus veces para que propaguen el Evangelio y perpetúen en el mundo la obra de la redencion, les deja sus últimas instrucciones, les bendice y promete que estará con ellos hasta la consumacion de los siglos; ¿qué es lo que vemos en todo esto, sino á un padre el más amoroso para con sus hijos, á un amigo el más fiel para con sus amigos, á un pastor el más solícito para con sus ovejas, á un Dios de infinita bondad para con sus criaturas?... Y como si todo esto no le bastara, á pesar de la inmutacion gloriosa de su cuerpo, quiso dejar en sus manos y en su sagrado costado las señales ó cicatrices de sus llagas, para presentarlas siempre á su Eterno Padre, dice San Ambrosio, (1) como el precio de nuestra salud, como el trofeo de nuestro rescate; y para recordarnos eternamente cuánta fué su misericordia y caridad para con nosotros.

Hagamos—para concluir—una reflexion, hermanos míos. Si Nuestro Señor Jesucristo fué entregado á la muerte y murió en efecto para borrar nuestros delitos y satisfacer á Dios por ellos, nosotros debemos morir tambien al pecado, que fué causa de aquella muerte, y no malograr por nuestra parte una redencion tan copiosa. Y si Nuestro Salvador resucitó glorioso porque así lo exigian sus infinitos méritos y la manifestacion

(1) In Luc. l. 10: c. 24. n. 170.

de la gloria y justicia de Dios; y si esta resurreccion fué toda para nuestro bien, nuestra vida toda debe consagrarse á Jesucristo; pues á El se la debemos, y El nos aseguró con la suya nuestra propia resurreccion.—La fé en Jesucristo, sus preceptos y ejemplos deben ser la norma invariable de nuestra conducta; y el amor á Jesucristo ha de reinar siempre en nuestros corazones, si queremos participar algun dia de su resurreccion y de su gloria.

ASI OS LO DESEO.

VISITA PASTORAL.

El dia 14 del corriente nuestro Illmo. Prelado ha salido de esta ciudad, rumbo al oriente, á hacer, por segunda vez, la visita canónica de la Arquidiócesis. Nuestros fervientes votos son por que, despues de derramar las bendiciones de su caridad, celo y vigilancia pastoral en las parroquias foráneas, vuelva felizmente á esta su Metrópoli.

EE.

NECROLOGIA.

El dia 5 del corriente falleció en Cuyoaco, víctima de una pulmonía miasmática, el Illmo. Sr. Obispo de Puebla Dr. D. Francisco de P. Verrea, eminente Prelado, y uno de los

esclarecidos hijos de que noblemente se enorgullece Guadalajara. Hacia la visita de su Diócesis como vigilante Pastor, cuando Dios Nuestro Señor que tiene en sus manos la balanza y el peso del santuario, halló que los dias de su unguido estaban llenos de virtudes y méritos, y lo ha llamado á su seno para coronarlo de honor y gloria inmarcesible. Pero esta piadosa y confiada esperanza no impide el lúgubre sentimiento que su pérdida ha causado á cuantos conocimos y experimentamos el influjo de sus eminentes cualidades.

El dia 9 de este mismo mes murió en S. Juan de los Lagos el Sr. Presb. D. Pio López de Nava, Capellan del Santuario de aquel lugar.

Requiescant in pace.

ORDENES.

El domingo 4 del corriente Mayo, el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo D. D. Pedro Loza se dignó conferir el sagrado Orden del Presbiterado á los Sres. siguientes:

- D. Manuel Monráz.
- „ Jesus de la Fuente.
- „ Jesus Chávez.
- „ Juan Magdaleno Jimenes.
- „ Abraham García.
- „ Indalecio Ricarday.
- „ Estéban Agredano.
- „ Benito Retolaza.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomás Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Junio 8 de 1884.

NUM. 35.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

DISCURSO

pronunciado por Su Santidad Leon XIII, en contestacion á la representacion de los peregrinos católicos belgas.

Estamos vivamente conmovidos y os felicitamos, muy queridos hijos, por los nobles sentimientos que acabais de expresarnos en vuestro nombre y en el de todos los buenos católicos de vuestra nacion. Hace mucho tiempo sin duda, y no lo ignorais, que conocemos el ardor de vuestro celo por los intereses de la religion, vuestro afecto filial y obediencia absoluta á la Sede Apostólica. Pero habeis pensado con razon que en los tiempos desgraciados en que vivimos, era oportuno que los católicos afirmasen de nuevo en alta voz, su creencia y afecto á la causa de la Iglesia tan abiertamente perseguida.

Sabeis en efecto, muy queridos

hijos, que hoy nuestros enemigos son particularmente numerosos y poderosos. No están ya aislados, como en otros tiempos. Iniciados en sociedades tenebrosas, *convenerunt in unum*, reuniendo todas sus fuerzas para combatir á la Santa Iglesia, no ocultan ya sus designios impíos: los confiesan con audacia y los ponen en práctica con una perseverancia sin descanso. En Bélgica conciertan hace muchos años sus maquinaciones. Los hechos á que haciais referencia hace un momento, Nos dan una nueva prueba. La educacion de la juventud fuera de toda idea cristiana; el odio contra las instituciones católicas, y aun la ruptura de relaciones con la Santa Sede; todas estas medidas y otras tantas que conoceis igualmente hostiles á la religion y atentatorias á los derechos de la Iglesia, no son mas que el efecto de las aspiraciones de las sectas masónicas.

No tenemos necesidad de deciros muy queridos hijos, cuánto se ha contristado Nuestra alma, en vista